

elevada de la atmósfera. Al volver al Norte por el golfo de Pária, vió que disminuía de nuevo el círculo descrito por la estrella polar. La corriente de la mar se hacia también mas rápida, desgastando, como se ha dicho, los bordes del continente, y produciendo con su acción incesante las islas contiguas. Esta era una nueva confirmación de la idea de que ascendía yendo hacia el Sur, y descendía dirigiéndose al Norte.

Aristóteles habia imaginado que la parte mas alta de la tierra y la mas cercana al cielo, estaba bajo el polo antártico, y otros creían que en el polo ártico. De aquí se infería que ambos partidos eran de dictámenes de que una parte de la tierra tenia mas elevación, mas nobleza, y mas proximidad al cielo que la demas. No creían que esta eminencia estuviese bajo la línea equinoccial, decía Colon, porque carecían de cierto conocimiento del hemisferio del Sur, y hablaban solo teóricamente y por conjeturas.

Como de ordinario defendía su sistema con la Sagrada Escritura, el sol, cuando Dios le creó, decía, salió de la primer parte del Oriente, ó de allí la luz primera. Aquel sitio, segun su idea, debia existir en la mas remota region del Oriente, donde el Océano y los límites de la India se juntan bajo la línea equinoccial, y donde está situado también el punto mas alto de la tierra. Suponia que este ápice del mundo, aunque de inmensa altura, no era escabroso ni lleno de precipicios, sino que la tierra se levantaba por grados suaves é imperceptibles. Las bellas y fértiles costas de Pária situadas, segun él, en sus remotas orillas, debían abundar necesariamente en los artículos preciosos propios de los climas mas favorecidos. Al penetrar en el interior y ascender gradualmente hacia la cúspide, habia de ser mas lujosa la vegetación, y mas esquisita la especie de las producciones de la tierra hasta terminar en la cima bajo el Ecuador. Esta imaginaba él que seria la mejor morada de la tierra, gozando por su posición igualdad de noche y dia, y uniformidad en las estaciones; y como estuviese elevada en una temperatura celestial y serena, se veria exenta de calores y frios, de vapores y nubes, de las tormentas y tempestades que turban y alligen las regiones mas bajas. En una palabra, allí suponía que estaba la mansion de nuestros primeros padres, la residencia primitiva de la inocencia y ventura humana, el jardín del Eden ó Paraíso Terrenal. Creía, siguiendo la opinión de los mas eminentes Padres de la Iglesia, que aquel sitio se conservaba aun lleno de su primera santidad y delicias, pero inaccesible á la planta humana, á no ser por divino permiso. Desde aquella altura se figuraba que descendía, aunque en prolongadísimas ondulaciones, la caudalosa corriente de agua que llenaba el golfo de Pária y dulcificaba en su vecindad al Océano, brotando de la fuente que dice el Génesis manó del árbol de la vida en los vergeles del Eden.

Tal fue el singular razonamiento que desenvolvió Colon en su carta á los soberanos de Castilla, citando diversas autoridades en su apoyo, entre otras las de San Agustín, San Isidoro y San Ambrosio, y robusteciendo su sistema con argumentos de aquella curiosa erudición especulativa en que estaba tan versado. Estas teorías prueban cuánto se exaltó su ánimo con la magnificencia de sus descubrimientos. El hombre de corazón frío, sin peripecias en su vida ordinaria, en nuestros tiempos sin fé, puede sonreirse al recordar tales visiones; pero nótese que descansaban entonces en las hipótesis de los primeros sábios; y aun cuando así no hubiera sido ¿podemos admirarnos del extraviado vuelo de la fantasía en un hombre colocado en la posición de Colon? Veía un vasto mundo levantándose, por decirlo así, delante de él, un mundo de naturaleza y extensión desconocidas. Cada vora le mostraba una nueva belleza y maravilla; islas innumerables cuyas rocas contenían venas de oro, cuyos

bosques estaban cargados de especias, cuyas costas abundaban en perlas. Interminables sierras, altas costas, numerosos promontorios, extendiéndose por cuanto la vista alcanzaba; ricos valles girando hacia un interior inmenso, cuyas distantes montañas, segun se decía, cercaban tierras aun mas felices y regiones de mayor opulencia aun. Contemplaba aquel mundo de dorada promisión, con la convicción gloriosa de que su propio ingenio lo habia adivinado, y se complacía en mirarlo con la vista triunfante del descubridor. Si no hubiera Colon sido capaz de aquellos vuelos entusiasmados de la fantasía, quizá, como otros sábios, habria racionado fria y metódicamente desde el fondo de su gabinete sobre la probabilidad de que existiesen países occidentales; pero nunca hubiese osado emprender la audaz aventura de buscarlos por en medio de los desconocidos dominios del Océano.

Entre sus fantásticas especulaciones, se halla aun aquel sólido fundamento de sagacidad que formaba la base de su carácter. La consecuencia que dedujo de la grande corriente del Orinoco, que supuso viniese de tierra firme, fue ingeniosa y lógica. Un docto historiador español ha disculpado con buen criterio otros pasajes de su teoría. «El sospechó, dice, cierta elevación del globo á una parte del Ecuador: los físicos posteriores han descubierto ser la tierra una esfera elevada por todo el ámbito de aquel círculo. Sospechó si la diversidad de templos influía en las agujas náuticas no pudiendo penetrar la causa de sus inconstantes variedades: la serie sucesiva de navegaciones y esperiencias ha hecho mas patente aquella inconstancia, y dado á conocer que un frio riguroso despoja tal vez á las agujas de toda su virtud. Acaso nuevas observaciones justificarán la sospecha de Colon. Hasta su error acerca del círculo descrito por la estrella polar, que juzgaba aumentarse por ilusión óptica á medida que el observador se acercaba á la equinoccial, le califica de filósofo superior al tiempo en que vivía.

LIBRO XI.

CAPITULO PRIMERO.

ADMINISTRACION DEL ADELANTADO. — ESPEDICION A LA PROVINCIA DE JARAGUA.

(1498.)

Colon se habia prometido descansar en llegando á España; pero desgraciadamente le esperaba allí una nueva complicación de turbaciones y ansiedad, destinada á contrarestar la prosecución de sus empresas, y á malograr su suerte. Para explicar estas circunstancias es necesario repasar sumariamente la historia de las ocurrencias de la isla en el largo intervalo que el Almirante permaneció á su pesar en España.

Cuando se hizo á la vela para Europa, en marzo de 1496, su hermano D. Bartolomé, que quedó de gobernador con el título de Adelantado, tomó inmediatamente medidas para ejecutar sus órdenes acerca de las minas recientemente descubiertas por Miguel Diaz, hacia el Sur de la isla. Dejó á D. Diego Colon mandando en Isabela, se trasladó con fuerzas considerables á las cercanías de las minas, y escogiendo una posición ventajosa en el lugar en que mas abundaba el oro levantó una fortaleza, á que dió el nombre de San Cristóbal, si bien los trabajadores, hallando granos de oro entre la tierra y piedras que empleaban en su construcción, le llamaron la torre del Oro.

El Adelantado permaneció allí tres meses, dirigiendo las obras de fortificación, y haciendo los preparativos necesarios para explotar las minas y purificar los minerales. Retardó mucho la obra la escasez de

viveres, pues habia que abandonar con frecuencia el trabajo para enviar partidas en busca de ellos. Falta-ba ya la hospitalidad primitiva de la isla, y no daban los indios voluntariamente sus comestibles. Habian aprendido de los blancos á aprovecharse de la necesidad del extranjero, y á poner precio al pan con que satisfacía su hambre. También se concluyeron pronto los acopios, porque su natural frugalidad é indolencia apenas les permitían juntar mas alimentos que los precisos para el inmediato consumo. El Adelantado halló de conseguir difícil mantener mucha gente en aquellas cercanías, hasta tener tiempo para cultivar la tierra y criar animales, ó para recibir provisiones de España. Dejando diez hombres de guardia en la fortaleza, con un perro que les ayudase á cazar útiás, marchó con el resto de su gente, que ascendía á unos cuatrocientos hombres, al fuerte de la Concepción; en el abundante país de la Vega, donde pasó el mes de junio, recibiendo el tributo de aquel trimestre, y comestibles de Guarionex y de sus caciques feudatarios. Al otro mes (julio de 1496) las tres carabelas mandadas por Niño llegaron de España, con un refuerzo de hombres y un repuesto de provisiones. Estas quedaron pronto distribuidas entre los habitantes colonos; pero desgraciadamente muchas se habian malogrado durante el viaje. Terrible infortunio en una comunidad en que la menor escasez daba origen á tanta sedición y murmuraciones.

Por estos buques recibió el Adelantado cartas de su hermano, mandándole fundar una ciudad y puerto de mar en la desembocadura del Ozema, cerca de las nuevas minas. También le mandaba que enviase presos á España los caciques ó indios que hubiesen tenido parte en la muerte de algun colono; crimen que se consideraba como suficiente, por muchos de los mas doctos juristas y teólogos de España, para vender como esclavos á los que le hubiesen cometido. Al volver las carabelas, despachó el Adelantado trescientos prisioneros indios y tres caciques. Estos formaban aquel aciago cargo de que Niño hizo tan absurdo alarde, diciendo que traía los bajeles llenos de tesoros, lo cual fue causa de muchos sinsabores para el Almirante.

Habiendo obtenido provisiones por esta llegada, volvió el Adelantado á la fortaleza de San Cristóbal, y de allí pasó al Ozema á escoger sitio para el deseado puerto. Despues de un exámen concienzudo, eligió la margen oriental de un naturalmente formado en la boca del rio. Era de fácil entrada, bastante profundidad y buen anclaje. El rio regaba un país tan bello como fértil; sus aguas eran claras y provistas de peces; las orillas estaban coronadas de los ricos árboles frutales de la isla, de modo que navegando por él se podían coger con la mano sus frutos. Esta deliciosa vega era la mansion de la mujer cacique que habia concebido tanto afecto por el joven español Miguel Diaz, y le habia inducido á que atragese á los españoles á aquella parte de la isla. Cumplió fielmente la promesa que hizo de un recibimiento amistoso por parte de su tribu.

En una posición elevada del puerto erigió don Bartolomé la fortaleza, que al principio se llamó Isabela y poco despues Sto. Domingo, y fue el embrion de la ciudad que tiene aun este nombre. El Adelantado era activo é infatigable. Cuando se concluyó el fuerte dejó en él una guarnición de veinte hombres, y salió con el resto de sus fuerzas á visitar los dominios de Behechio, uno de los principales caudillos de la isla. Este cacique, como ya se ha dicho, reinaba en Jaragua, provincia que comprende casi toda la costa occidental de la isla, incluso el cabo Tiburon, y se extiende por el Sur hasta Punta-Aguida, ó la pequeña isla de la Beata. Era su distrito uno de los mas fértiles y populosos, su posición deliciosa, y las gentes

mas apacibles y de mejores modales que las demas de la isla. Estando tan lejos de todas las fortalezas, el cacique, aunque tomó parte en la combinación de los otros gefes, habia hasta entonces permanecido libre de la invasión y exacciones de los blancos.

Con este cacique vivía Anacaona, viuda del imperterritorio Caonabo. Era hermana de Behechio, en cuyos estados permaneció desde la captura de su esposo. Pasaba por una de las mas raras beldades de la isla: su nombre significaba en lengua india, flor de oro. Superaba en ingenio á la generalidad de su raza; pasaba por excelente poetisa, siendo autora de los romances, ó areitos históricos, que cantaban los indios en sus danzas nacionales. Todos los escritores españoles convienen en que estaba dotada de tanta dignidad y gracia que todo en ella parecia incompatible con el ignorante y salvaje estado en que habia vivido. A pesar de la catástrofe que ocasionaron los blancos á su marido no les guardaba rencor, pues nunca fue su espíritu vengativo. Sabia que provocó el cacique su venganza con voluntaria guerra. Miraba á los españoles con admiración, considerándoles seres casi sobrenaturales, y su claro ingenio comprendió desde luego cuánto tenia de impolítico resistir sus artes y sus armas. Teniendo mucha influencia con su hermano Behechio, le pidió que escarmentara en el ejemplo de su marido, y que se captase la amistad de los españoles. Se cree que sabiendo los amistosos sentimientos y poderosa influencia de esta princesa, se decidió el Adelantado á emprender su expedición.

Al atravesar aquellas partes de la isla, no visitadas aun por los europeos, adoptó el Adelantado las mismas medidas tomadas en ocasion análoga por el Almirante: su caballería formaba la vanguardia, y entró en las ciudades indias con banderas desplegadas y al son de tambores y trompetas, inspirando mucha admiración y terror.

Despues de treinta leguas de camino, llegó al rio que, saliendo de las montañas de Cibao, divide el Sur de la isla. Atravesó su corriente, y mandó por la costa del mar dos partidas de á diez hombres en busca de palo del Brasil. Lo hallaron en grandes cantidades y cortaron algunos árboles, almacenándolos en las cabañas indias hasta poder conducirlos por mar á la colonia.

El Adelantado con el grueso de su gente se dirigió despues á la derecha, y no lejos del rio vió al cacique Behechio que salía al encuentro con un ejército numeroso de indios, armados de flechas y lanzas. Si habia sido su intención oponerse á la entrada de los españoles en las selvas de su dominio, le hubo de imponer el formidable aspecto de estos. Dejando las armas se acercó amistosamente al Adelantado, protestando que estaba en guerra con algunos pueblos de la orilla del rio que queria subyugar; al mismo tiempo le preguntó el motivo de su escursión. El Adelantado le dijo que deseaba visitar sus territorios y pasar con él algunos dias de amistoso trato en Jaragua. El cacique, desvanecidas sus sospechas, disolvió su ejército, y despachó veloces mensajeros para anunciar la llegada de tan distinguido huésped, y mandó hacer preparativos para un recibimiento digno de él. A medida que se internaban los españoles por los territorios del caudillo, y atravesaban los distritos de sus caciques inferiores, les daban estos pan de casa-ba, cáñamo, algodón y varias producciones de la tierra. Al fin se acercaron á la residencia de Behechio, grande y bien situada ciudad, próxima á la costa y á una anchurosa bahía.

Los españoles habian oído muchas descripciones de la deliciosa region de Jaragua, donde algunas tradiciones indias fijaban los campos Eliseos. También habian oído celebrar la esbeltez y urbanidad de los habitantes, cuya conducta confirmó tan favorables antecedentes. Al acercarse á la ciudad, treinta

mujeres de la familia del cacique salieron á recibirlos cantando sus areitos ó romances tradicionales, y bailando y agitando hojas de palma. Las matronas llevaban delanteras de algodón bordado, que bajaban hasta la mitad del muslo; las vírgenes estaban enteramente desnudas, con una redécilla en la cabeza, y el cabello caído sueltamente. Tenían bellísimas proporciones, delicado y suave cutis, y su color era moreno claro y agradable. Según Pedro Mártir, al verlas los españoles salir de sus verdes bosques, casi imaginaron que se les aparecían las fabulosas dríadas, ó las hadas y ninfas nacidas de las fuentes que cantaron los antiguos poetas. Cuando llegaron á don Bartolomé, se arrodillaron, y le presentaron con gracia sus verdes ramos. Después venía la célebre cacique Anacaona, reclinada en una litera que seis indios conducían. Como las otras mujeres, solo cubría su desnudez con un delantal de algodón de varios colores; ceñía su cabeza una olorosa guirnalda de flores blancas y encarnadas, y llevaba collar y brazaletes de lo mismo. Recibió al Adelantado y sus compañeros con la cortesía que le era natural, no manifestándole rencor por la muerte de su esposo. Al contrario, pareció haberla inspirado los extranjeros desde el principio grande admiración y amistad.

Fueron conducidos el Adelantado y sus oficiales á la casa de Behechio, donde se les sirvió un banquete de útiás, mucha variedad de pescado de mar y río, con las raíces y gustosas frutas que formaban el principal alimento de los indios. Allí vencieron los españoles por primera vez su repugnancia al guanaco, plato favorito de los indios, y mirado por los blancos con la mayor aversión. El Adelantado, deseando acostumbrarse á los usos del país, fue el primero que gustó este animal, habiéndole Anacaona invitado amablemente á ello. Sus compañeros imitaron el ejemplo, y le hallaron gustosísimo y delicado; y desde entonces gozó el guanaco de alta reputación entre los epicúreos españoles (1).

Concluido el banquete, se alojó D. Bartolomé con seis de sus principales caballeros en la casa de Behechio; los demás quedaron distribuidos en las de los caciques inferiores, donde durmieron en hamacas de algodón, cama habitual de los indios.

Dos días permanecieron con Behechio, divertidos con varios juegos y festividades indias, entre las cuales fue la más singular y pomposa la representación de una batalla. Dos pelotones de indios, armados con arcos y flechas, salieron repentinamente á la plaza pública, y empezaron una escaramuza, semejante á las corridas de cañas y alcancías. Poco á poco se fueron acalorando, hasta pelear tan de veras, que quedaron en el campo cuatro muertos y muchos heridos, aumentando este encarnizamiento el interés y gusto de los espectadores. La contienda prosiguió hasta que el Adelantado y otros caballeros pidieron que cesase. Cuando esta entrevista hubo producido una confianza recíproca comunicó el Adelantado al cacique y á Anacaona el objeto verdadero de su visita. Les dijo, que su hermano el Almirante había venido á la isla por orden de los reyes de España, grandes y poderosos monarcas, que tenían muchos reinos bajo su imperio. Que estaba á la sazón en la corte para dar cuenta á los soberanos del número de caciques

(1) A aquellas serpientes, ó lagartos, parecidas al cocodrilo excepto en el tamaño, las llaman iguanas. Hasta entonces ninguno de nuestros hombres osó aventurarse á probarlas, por razón de su horrible deformidad y asquerosa vista. Pero el Adelantado, incitado por las chanzas de Anacaona, hermana del rey, determinó probar las serpientes. Mas cuando sintió la carne de ellas tan delicada para su lengua, se entregó á comerlas sin ningún miedo, visto lo cual por sus compañeros no se quedaron atrás en apetito: tanto que no tenían otra conversación que el buen gusto de aquellas serpientes, que decían ser más agradables que nuestros faisanes y perdices.—Pedro Mártir, doc. i, libro 5, ad uccion inglesa de Eden.

tributarios que quedaron en la isla, dejándolo á él de gobernador interino; y que venía expresamente como tal á poner á Behechio bajo la protección de sus monarcas, regularizando al mismo tiempo el tributo que debería pagarles, del modo que le fuese más conveniente. Mucho embarazó semejante petición á Behechio, sabiendo los padecimientos que habían caído sobre otros pueblos de la isla, á consecuencia de la codicia de los españoles. Replicó que había sabido que el oro era el grande objeto que había traído á los blancos á la isla, y que pagaban tributo de él algunos de sus compañeros caciques; pero que no se hallaba en parte alguna de sus territorios, siendo apenas conocido de sus súbditos. A esto replicó el Adelantado con mucha destreza, que nada estaba más lejos de la intención y deseos de sus soberanos que exigir tributo de lo que no producían sus dominios; pero que podía pagarlo en algodón, cáñamo y pan de casaba, en que al parecer abundaba su territorio. A estas explicaciones tomó animación el rostro del cacique, quien accedió alegre á lo que se le pedía, y dió al instante órdenes á todos los caciques que le estaban subordinados, mandándoles sembrar abundancia de algodón para el pago del primer tributo. Concluidas las estipulaciones, se despidió el Adelantado amistosísimamente de Behechio y de su hermana, y partió para Isabela.

Así con amistosas y diestras negociaciones, se sometió sin turbulencia una de las más dilatadas provincias de la isla. Si no hubiesen contrariado la sabia política del Adelantado los excesos de los hombres indignos, hubiera podido dar la Española una grande renta sin violencia ni opresión. En todas las situaciones se presentaron aquellas sencillas gentes muy tratables, resignando humildes y aun alegres sus derechos á los blancos, cuando los trataban estos con humanidad.

CAPITULO II.

ESTABLECIMIENTO DE UNA CADENA DE PUESTOS MILITARES.—INSURRECCION DE GUARIONEX, EL CACIQUE DE LA VEGA.

(1496.)

HALLÓ D. Bartolomé en Isabela, como de ordinario, un teatro de miseria y abatimiento. Muchos habían muerto durante su ausencia, casi todos los demás estaban enfermos. Los pocos que gozaban aun de salud, se quejaban de la escasez de los alimentos; todos los otros de la falta de medicinas. Las provisiones que se les habían distribuido, de las que algunos meses antes trajo Pedro Alonso Niño, ya estaban consumidas. Los colonos, ya por enfermedad, ya por desidia, habían abandonado el cultivo de los campos vecinos; y los indios, de que principalmente dependían, cansados de vejaciones huyeron á las montañas, prefiriendo vivir de raíces y yerbas en sus fragosas cuevas, á permanecer en la riqueza de la llanura, sujetos á los ultrajes é iniquidades de los blancos. La sed del oro produjo nada más que miseria, volviendo indiferentes á los españoles á los más fáciles, y también más ciertos y saludables manantiales de riqueza. Todo trabajo que no tendiese á darles directamente oro les parecía estéril. En vez de cultivar el fértil suelo que los rodeaba, y sacar verdaderos tesoros de su superficie, no pensaban más que en extraer el oro de sus entrañas, y por lo mismo perecían de hambre en medio de la fertilidad. Al parecer habían olvidado que el oro no se come.

Apenas concluyeron los comestibles traídos por Niño, se manifestó de nuevo el descontento entre los colonos. Se creían olvidados por Colon, y decían de él que embriagado con las delicias de la corte olvidaba sus padecimientos; y como carecían de bajeles en el puerto, los desesperaba la imposibilidad de enviar

á España noticias de sus desastres y peticiones de socorro.

Deseando proscribir esta última causa de descontento, alimentar las esperanzas con algo, mandó el Adelantado construir dos carabelas para el servicio de la isla. Y con objeto de librar á la colonia de tantos hombres inútiles y descontentos, en aquel tiempo de escasez, destinó al interior á los que estaban demasiado enfermos para trabajar ó pelear, proporcionándoles de este modo el beneficio de mejor clima, y más abundantes provisiones de los indios. Estableció al mismo tiempo una cadena de puestos militares entre Isabela y el nuevo puerto de Santo Domingo, componiéndose cada uno de cinco casas fuertes, rodeadas de chozas. El primero estaba á nueve leguas de Isabela, y se llamaba La-Esperanza; seis leguas más allá estaba Santa Catalina; á cuatro y media de este Santiago; y á cinco leguas de Santiago, el fuerte de la Concepción, erigido con arte, por estar al pie de las montañas doradas de Cibao, en la vasta y populosa Vega, y á media legua de la residencia de su cacique Guarionex. Libre ya Isabela de aquella gente inútil, quedando solo en ella los que estaban demasiado enfermos para salir, y los que se necesitaban para su servicio y defensa, y la construcción de los buques, volvió el Adelantado á Santo Domingo con un cuerpo de la gente más útil y mejor constituida.

Establecidos los puestos militares, intimidaron por algún tiempo á los indios; pero empezaron á manifestarse hostilidades, nacidas de una nueva causa. Entre los misioneros que habían acompañado al padre Boil al Nuevo-Mundo, había dos de celo mucho más vehemente que el de su superior. Cuando volvió aquel religioso á España, permanecieron ellos en la isla, consagrados ardentemente á su ministerio. El uno se llamaba Ramon Pane, pobre ermitaño, como él mismo se titula, del orden de San Gerónimo; el otro era Juan Borgoñon, franciscano. Residieron algún tiempo entre los indios de la Vega, celosamente empeñados en convertirlos. Ya habían sus pláticas y ejemplo alcanzado la conversión de una familia de diez y seis personas, cuya cabeza recibió en el bautismo el nombre de Juan Mateo. Pero la conversión del cacique Guarionex era el principal objeto de sus piadosos afanes. Lo dilatado y rico de sus dominios hacían importantísima su conversión para los intereses de la colonia; y los buenos religiosos la consideraban además como un medio para atraer á sus muchos súbditos al dominio de la Iglesia. Por algún tiempo se prestó gustoso el cacique á sus exhortaciones, aprendió el Padre nuestro, el Credo y el Ave-María, y obligó á su familia á que los repitiesen todos los días. Los otros caciques de la Vega y de las provincias de Cibao, reprobaban su conducta y se burlaban de él, por conformarse á las leyes y costumbres de los extranjeros que habían usurpado sus posesiones y oprimido su patria. Se quejaban los frailes de que á consecuencia de esto había el catecúmeno caído en la infidelidad; pero parece que fue efecto su apostasia de una causa más grave. Uno de los principales españoles sedujo ó trató descortesmente á su mujer favorita; y el indignado cacique renunció una fé y religión, que á su parecer no reprobaba semejantes actos. Perdida ya toda esperanza de alcanzar la conversión de Guarionex, pasaron los misioneros á los dominios de otros caciques, llevando en su compañía á Juan Mateo, el convertido indio. Antes de su marcha edificaron una capillita, poniendo en ella altar, crucifijo é imágenes, para que rezase sus oraciones la familia de Juan Mateo.

Apenas se alejaron los frailes, entraron varios indios en la capilla, hicieron pedazos las imágenes, las pisotearon, y las enterraron en un campo inmediato. Esto se ejecutó, según decían, por orden de Guarionex, en desprecio de la santa religión de que era

apóstata. Llegó queja de tan monstruoso crimen al Adelantado, quien mandó acto continuo procesar á los culpables y castigarles con arreglo á las leyes. La legislación eclesiástica era rigurosísima en aquella época, particularmente entre los españoles. Todas las heregias, todas las recataciones de la fé, todos los actos de sacrilegios cometidos por moro ó judío, se castigaban en España con el fuego, y esta desastrosa suerte esperaba á los pobres é ignorantes indios convictos de sacrilegio. Es dudoso que Guarionex tuviese parte en el crimen, y probable que se describiese con mucha exageración. Una prueba del crédito que merecían las declaraciones, puede sacarse de cierto caso recordado por Roman Pane, el pobre ermitaño. El campo en que se enterraron las estigias estaba sembrado de raíces parecidas al rábano ó al nabo, las cuales en las cercanías de las imágenes crecieron milagrosamente tomando la forma de cruces.

El cruel suplicio que sufrieron aquellos desventurados, en vez de amedrentar á sus compatriotas los llenó de horror y de indignación. No estaban acostumbrados á justicia tan vengativa, y como carecían de ideas claras de religión, no comprendían la naturaleza ni las consecuencias del delito que habían cometido. Hasta el mismo Guarionex, por naturaleza moderado y pacífico, se irritó al ver aquella usurpación de poder dentro de su territorio y la inhumana muerte dada á sus súbditos. Los otros caciques percibieron su indignación, y trataron de persuadirlo á juntarse con ellos en una insurrección repentina, para sacudir el yugo de sus opresores con un arranque inesperado y simultáneo. Guarionex, vaciló algún tiempo; conocía la ventaja militar de los españoles; le aterraban sus caballos, y recordaba el desastroso fin de Caonabo. Pero la desesperación y la creencia de que el dominio de aquellos extranjeros era la ruina segura de su raza, le infundieron aliento. Los escritores primitivos hablan de una tradición admitida entre los habitantes de la isla, respecto á Guarionex. Pertenece á una antigua línea de caciques. Su padre, en tiempos muy anteriores al descubrimiento, habiendo ayunado por espacio de cinco días, según sus prácticas supersticiosas, pidió al zemí, ó dios penate, revelaciones de las cosas futuras. Recibió por respuesta, que dentro de algunos años invadiría la isla una nación de hombres vestidos, que destruiría todas sus costumbres y ceremonias, dando á sus hijos la muerte, ó reduciéndolos á ominosa servidumbre. Se ignora si esta tradición, que la inventaron probablemente los buccios, ó sacerdotes indios, cuando empezaron los españoles á manifestarse tan inexorables, dispuso el ánimo de Guarionex á la hostilidad contra los extranjeros. Algunos han asegurado que le obligaron á tomar las armas las exigencias de sus súbditos, que esperaban un buen éxito de su empresa, amenazándole con escoger otro caudillo si él rehusaba mandarlos; otros alegan el ultraje cometido contra su mujer favorita, como causa principal de su arrebato. Probablemente la combinación de todas estas causas indujo al desgraciado cacique á escuchar los consejos de los caudillos vecinos, y á entrar en la liga. Celebraron todos una conferencia secreta, en que se acordó que el día del pago del tributo, cuando podría juntarse un crecido número de indios sin excitar sospechas, se lanzarían repentinamente sobre los españoles y los harían pedazos.

Los oficiales del fuerte de la Concepción tuvieron noticia de este proyecto. No siendo más que un puñado de hombres, rodeados de tribus hostiles, temieron por su seguridad, por lo que despacharon inmediatamente un mensajero indio al Adelantado, que se hallaba en Santo Domingo, pidiéndole socorro. Era importantísimo poner esta carta en sus manos, pues la seguridad de la colonia dependía de ella. Podrían interceptar al mensajero indio y quitarle el pliego;

pues los naturales habian descubierto que aquellos papeles tenian el maravilloso poder de comunicar noticias, á imaginaban que estaban dotados de la facultad de hablar. Se metió la carta en una caña que llevaba como baston el mensajero. Le interceptaron en efecto; pero afectó ser mudo y cojo, indicando por señas que iba de vuelta á su casa; y apoyándose en la caña se fue cojeando y andando con extrema dificultad. Se le dejó ir, y él continuó adelantando muy despacio, hasta que perdiendo de vista á los indios tomó su habitual soltura y entregó la carta en Santo Domingo.

El Adelantado, con su actividad característica, salió inmediatamente con un cuerpo de tropas para la fortaleza; y aunque sus soldados se hallaban muy debilitados por la escasez de alimentos, duro servicio y precipitadas marchas, se apresuraron en llegar á su destino. Jamas llegó ayuda mas á tiempo. Ya estaban millares de indios en la llanura, armados á su manera, y esperando la señal para dar el golpe. Despues de consultar con el comandante de la fortaleza y los oficiales principales, dispuso el Adelantado el orden de ataque. Averiguando los sitios en que los principales caciques habian distribuido sus fuerzas, señaló un oficial y algunos hombres para cada uno con orden de precipitarse á una hora señalada de la noche á las poblaciones donde dormian, sorprenderlos, atar á los caciques, y traerlos prisioneros antes que sus súbditos pudiesen juntarse para la defensa. Como Guarionex era la persona de mas importancia, y su captura seria probablemente la mas difícil y peligrosa, se encargó de ella el Adelantado mismo á la cabeza de cien hombres.

Esta sagaz extratagema, fundada en el conocimiento del amor que profesan los indios á sus caudillos, y tan propia para evitar la efusion de sangre, tuvo el deseado éxito. Como carecian las ciudades de parapetos y murallas, los españoles penetraron tranquilamente en ellas á media noche; y dirigiéndose con rapidez á las casas de los caciques, se apoderaron de catorce de ellos, los ataron y los condujeron al fuerte, antes de que se hiciese el menor movimiento para su defensa ó rescate. Los indios, heridos de terror y confusion, no hicieron resistencia ni mostraron hostilidad alguna; rodearon sí la fortaleza formando grandes grupos desarmados, y llenaron el aire de lamentos y alaridos, con que pedian la libertad de sus caudillos. El Adelantado completó su empresa con el ánimo, sagacidad y moderacion con que la habia conducido. Obtuvo informes de las causas que habian originado aquella conspiracion, y de las personas mas culpables. Dos de los caciques, principales motores de la insurreccion, los que mas habian abusado del carácter accesible de Guarionex, sufrieron la muerte. En cuanto á este infeliz caudillo, el Adelantado averiguando las injurias que habia sufrido, y el poco empeño que habia manifestado en la venganza, le perdonó magnánimamente, y hasta, segun Las-Casas, procedió con rigurosa justicia contra el español cuyos ultrajes habian herido tan profundamente su corazón. También alcanzó la generosidad del Adelantado á los otros gefes de la conspiracion. Temia con medidas severas irritar á sus súbditos, ó entristecerles hasta el extremo de abandonar la Vega, por lo que les prometió grandes favores y premios si continuaban firmes en su lealtad; y les amenazó con terribles castigos si otra vez intentaban rebelarse. Aquella clemencia inesperada del Adelantado subyugó el corazón de Guarionex. En una arenga que dirigió á su pueblo señala el irresistible poder y valor de los españoles, su mucha circunspeccion para con los criminales y su generosidad para con los fieles, exhortándolos vehementemente á cultivar su amistad en lo sucesivo. Los indios le escucharon con atencion, ellos mismos confirmaban en su mente las alabanzas de los blancos, y por

el ejemplo extraordinario de moderacion que acababan de ver en el Adelantado. Cuando concluyó el cacique su arenga, le llevaron en hombros con el mayor entusiasmo, llenando el aire de cantares y gozosas exclamaciones. La tranquilidad de la Vega quedó restablecida por algun tiempo.

CAPITULO III.

VIAJE DEL ADELANTADO A JARAGUA PARA RECIBIR EL TRIBUTO.
(1497.)

Con toda su energía y discrecion, halló el Adelantado difícil dirigir los ánimos turbulentos y discolos de los colonos españoles. Su descontento crecia diariamente. No podian tolerar el rigor de un extranjero que les sujetaba con mano de hierro apenas osaban desmandarse. El poder de D. Bartolomé no tenia á sus ojos la misma legitimidad que el de su hermano. La reputacion del Almirante inspiraba respeto, y á pesar de eso, de ser el descubridor de aquellos países, y el legado legítimo de los soberanos, le costaba no poco trabajo hacerse obedecer. ¿Cómo conseguirlo, pues, el Adelantado á quien miraba la mayoría como á un mero intruso, apoyado en los méritos y servicios de su hermano, y sin autoridad alguna de la corona? Hablaban los colonos con indignacion de la larga ausencia del Almirante, y del olvido en que tenia sus necesidades; ignorando sin duda la ansiedad que por ellos sufría, mientras estaba detenido en España. La bien concebida orden del Adelantado, para la construccion de las carabelas, los entretuvo algun tiempo. Miraban con interes vehemente su progreso, como medio de obtener alivio ó de abandonar la isla. D. Bartolomé comprendió perfectamente que hombres descontentos y discolos no deben estar ociosos. Procuraba por lo mismo tenerlos en continuo movimiento; lo que al mismo tiempo se avenia con la constante actividad de su espíritu infatigable. Llegaron á la sazón mensajeros de Behechio, cacique de Jaragua, diciéndole que tenia grandes cantidades de algodón, y otros artículos en que se habia de pagar su tributo, dispuestos á entregarlos. El Adelantado reunió inmediatamente una numerosa comitiva, que salió alegre á visitar por segunda vez aquella región opulenta y feliz. De nuevo fueron acogidos con cantares, bailes y demostraciones de amistad y respeto por Behechio y su hermana Anacaona. Esta parecia gozar de mucha popularidad entre los naturales, y tener en Jaragua casi tanto poder como su hermano. Su afabilidad natural y la dignidad de sus modales cautivaron mas y mas la admiracion de los españoles.

El Adelantado encontró treinta y dos caciques inferiores en la casa de Behechio, esperando su llegada con los respectivos tributos. El algodón era tanto, que llenaba una de las casas. Despues de entregarlo, ofrecieron gratuitamente al Adelantado darle todo el pan de casaba que pidiese. El ofrecimiento era muy aceptable en el estado de necesidad de la colonia; y D. Bartolomé envió á Isabela por uno de los buques, que estaba casi concluido, mandando que pasase cuanto antes á Jaragua, para cargar de pan y de algodón.

Mientras tanto aquellos amables y generosos isleños prodigaron toda especie de bondades á los españoles; les trageron de todas partes grandes cantidades de provisiones, y los mantuvieron como huéspedes en perpétua festividad y banquetes. Los escritores españoles de aquel tiempo, cuyos fantasías estaban inflamadas por las descripciones de los viajeros, y que no sabian formarse idea de la sencillez de la vida salvaje, especialmente en aquellas partes, que se suponía lindaban con el Asia, hablan con frecuencia, en términos de magnificencia oriental, de las diversiones de los naturales, de los palacios de los caciques, y de

los caballeros y damas de la corte, como sí se describiesen el alcázar de un príncipe asiático. Los cuadros que ofrecia Jaragua son bien distintos; representan la vida salvaje con su indolente descanso y tranquilos goces. Las turbulencias que afligian otros puntos de la infeliz Hayti no habian alcanzado aun á los habitantes de aquella agradable region: Viviendo entre bellas y fructíferas arboledas, á la orilla del mar, siempre apacible y libre de tormentas, con pocas necesidades, y estas muy pronto satisfechas, estaban libres de la suerte comun del trabajo, y su existencia se deslizaba entre placeres con una calma nunca interrumpida. Cuando vieron los españoles la fertilidad y clemencia de aquel país, la gallardía de sus hombres, y la hermosura de sus mujeres, le tomaron por el verdadero paraíso.

Al fin llegó la carabela que debia cargarse con los artículos del tributo. Acló á unas seis millas de la residencia de Behechio, y Anacaona propuso á su hermano ir á ver lo que ella llamaba la grande canoa de los blancos. En su viaje á la costa, el Adelantado se alojó una noche en un lugar pequeño, en una casa en que tenia Anacaona atesorados los artículos que creia mas raros y preciosos. Varias manufacturas de algodón ingeniosamente labradas, sillas, mesas y diversos muebles de ébano y otras maderas, revelaban mucha habilidad en unas gentes que no tenian herramientas con que hacerlas. Tales eran los sencillos tesoros de la princesa india, de que hizo generosamente muchos regalos á sus huéspedes.

Es inexplicable la admiracion de aquella mujer inteligente, cuando vió por primera vez el buque. Su hermano, que la trataba con fraternal cariño y una respetuosa atencion digna de la vida civilizada, habia preparado dos canoas brillantemente pintadas y adornadas, una para conducirla á ella con su comitiva, y otra para él y sus capitanes. Anacaona prefirió entrar con su acompañamiento en el bote del Adelantado. Al aproximarse á la carabela disparó esta un cañonazo de saludo. El estampido y los torbellinos de humo que arrojaba el buque y se esparcian por la mar, hicieron caer á Anacaona desmayada en brazos del Adelantado, y los que la acompañaban casi se arrojaron al mar de miedo. D. Bartolomé sacó pronto á todos de su estupor. Ya mas cerca del buque, resonó súbitamente la música de muchos instrumentos marciales, cuya armonía causó grandísimo placer á los indios. Su admiracion creció al pasar á bordo de la carabela, acostumbrados como estaban á sus sencillas y ligeras canoas. Pero cuando se levaron anclas, se extendieron las velas y ayudados por una suave brisa vieron aquella vasta máquina moverse, al parecer por su propio albedrío, virando de un lado á otro, y jugando, por decirlo así, como un desmesurado monstruo en el Océano, Behechio y su hermana se miraron mutuamente con sorpresa. Nada ha causado tanta admiracion en el ánimo hasta del mas estóico salvaje, como ver el bello triunfo del ingenio humano en un buque de vela.

Cargada y despachada su carabela, hizo el Adelantado muchos regalos á Behechio, su hermana y servidumbre, y se despidió de ellos para volver con su gente á Isabela por tierra. Anacaona mostró grande afliccion por su partida, pidiéndole encarecidamente que permaneciese con ellos algun tiempo mas, y manifestándose temerosa de no habersabido complacerlo con sus esfuerzos. También ofreció seguirlo á la colonia, y no se manifestó consolada hasta que le prometió el Adelantado volver á Jaragua.

No puede dejar de admirarse el talento de D. Bartolomé en su pasajero gobierno de la isla. Vigilante y activo, hizo repetidas marchas de una provincia á otra remota, y siempre se halló en el punto del peligro en el momento crítico. Por medio de una hábil estrategia logró con un puñado de hombres apagar una

insurreccion formidable sin efusion de sangre. Concilió con su moderacion los mas encarnizados enemigos, y proscribió los crueles instintos de sus gentes con ejemplares castigos. Formó aliauzas con los mas poderosos caciques, sometió sus dominios al tributo, y abrió nuevos almacenes de víveres para la colonia, aliviando sus necesidades mas perentorias. Si en tan sabias medidas se hubiesen apoyado los que estaban á sus órdenes, se hubiera convertido aquel país en teatro de prosperidad, y producido grandes rentas á la corona sin perjuicio de los naturales; pero sus deseos, como los de su hermano el Almirante, eran constantemente malogrados, por las viles pasiones y la perversa conducta de los demas. Mientras estuvo ausente de Isabela se habian fomentado nuevos males, que debian muy pronto llenar de confusion toda la isla.

CAPITULO IV.

CONSPIRACION DE ROLDAN.

(1497.)

El primer motor de los males que afligieron entonces á la colonia, era Francisco Roldan, el cual debia las mayores atenciones al Almirante, quien le sacó de la oscuridad si bien le empleó al principio en ocupaciones domésticas; pero como mostrase mucho talento natural y mucha aplicacion, le hizo alcalde ordinario. El uno con que desempeñó este cargo y la persuasion en que estaba de su fidelidad y gratitud, indulgeron á Colon, á su regreso á España, á hacerle alcalde mayor de la isla. Verdad es que carecia de educacion; pero como hasta entonces no ofrecian grandes dificultades las leyes de la colonia, el desempeño de aquellas funciones apenas exijia mas que un talento despejado y un deseo sincero de ejercerlas houradamente.

Roldan era uno de aquellos espíritus bajos que se asfixian al respirar una atmósfera elevada. Habia visto á su bienhechor volver de España aparentemente cubierto de una nube de desgracia; habia pasado mucho tiempo sin que se supiese de él; y considerándole destituido ya de todo favor ideó los medios de aprovecharse de su caída. Tenia un empleo solo inferior al del Adelantado; y como este no gozaba de popularidad, consideró fácil indisponer á ambos con los colonos y con el gobierno de España, y por medio de su destreza apoderarse del mando de la colonia. El austero carácter del Adelantado le contuvo por algun tiempo; pero durante su ausencia podia Roldan seguir libremente sus maquinaciones. D. Diego, gefe entonces de Isabela, era hombre virtuoso, pero de poco vigor. Roldan se sentia superior á él en talentos y en ánimo; y su amor propio se reaccionaba ante la idea de que le era inferior en autoridad. Pronto formó un partido de toda la gente audaz y disoluta de la colonia, y relajó secretamente los vínculos del orden: alentando el descontento de la gente baja, y dirigiéndole contra el carácter y conducta de Colon y de sus hermanos. Como habia sido superintendente de varias obras públicas, le fue fácil establecer un trato íntimo y familiar con operarios, marineros y otros individuos de las clases inferiores. Su humilde extraccion le sugeria los medios de adaptarse fácilmente á su inteligencia y modales, al paso que su empleo le daba consideracion entre ellos. Oyéndoles quejarse de continuo de su mala vida, duro trabajo y larga ausencia del Almirante, afectó lastimarse de sus padecimientos. Les inbuyó indirectamente la idea de que nunca volveria el Almirante hallándose en desgracia y ruina, á consecuencia de las representaciones de Aguado. Simpatizaba con ellos al hablar del áspero trato que recibian del Adelantado y de su hermano D. Diego, que como extranjeros no podian interesarse en su bien, ni en el buen nombre español tratan-